

# “El infierno son los demás”

## Jean-Paul Sartre

Giovanna Armellin Sechi \*

**J**ean-Paul Sartre, (1905-1980) fundador del existencialismo ateo francés, pone en boca de Garcín, protagonista de su obra teatral A PUERTA CERRADA, la atroz conclusión: “*El infierno son los demás*”. Sin lugar a dudas, esta expresión lapidaria es significativa y representativa del pesimismo de este escritor.

Hablar del pesimismo sartriano tiene sentido porque no se trata exclusivamente de una experiencia literaria, o tal vez de una neurosis personal del filósofo, el hecho es que sus tesis encuentran terreno fértil en gran parte del mundo cultural y social que nos rodea. Eso significa que su experiencia existencial coincide con la de muchos otros y se convierte así en portavoz de una gran parte de la humanidad contemporánea.

Analizando el mundo que nos rodea, podemos notar cuánto pesimismo incumbe en la vida de hoy y lo trágico de la situación del hombre moderno. El motivo fundamental de este pesimismo es la soledad ya que el hombre no experimenta nin-

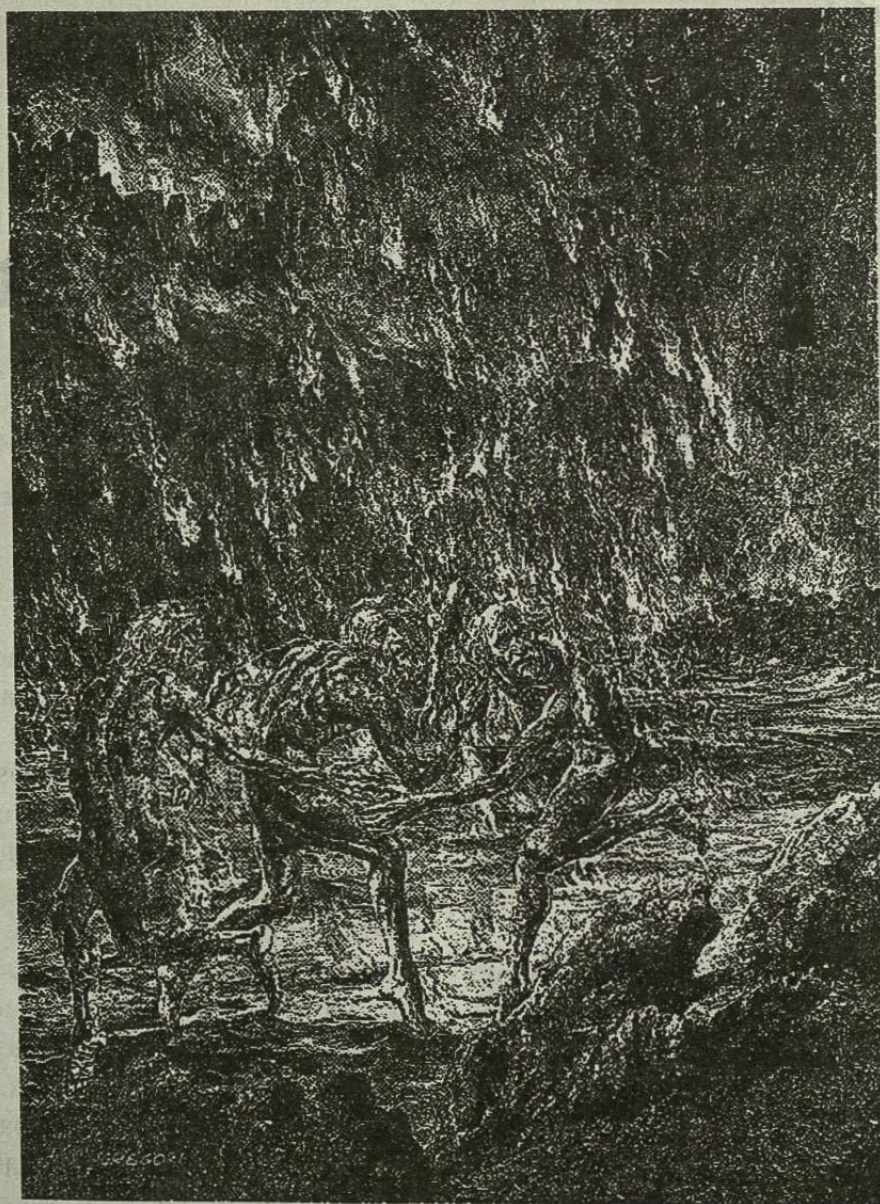
guna comunión espiritual y no tiene interlocutores; no se pueden negar el hecho y los efectos desastrosos de esta soledad. El análisis existencial de la filosofía sartriana en la imposibilidad de arreglar o superar esta situación, afirma que cualquiera que se haya levantado de la superficialidad cotidiana y haya logrado la autoconciencia, no puede dejar de sentirse solo y abandonado. El hombre es infeliz por eso, porque se siente completamente incapaz de comunicarse con los otros, pues la comunicación es el requisito para ser feliz.

También el amor y la amistad no son más que fruto de ilusión, a la cual el hombre se abandona porque es demasiado vil para aceptar su propia inevitable soledad: el otro no puede ser para él más que un enemigo.

La filosofía de la soledad, como podríamos definirla, y de la consiguiente infelicidad no puede, sin embargo, tener la pretensión de representar la totalidad de la experiencia humana; tenemos el derecho de refutar este pesimismo sartriano, por lo menos, en cuanto pretende explicar

\* Profesora Escuela Lenguas Modernas, U.C.R.





la condición humana en su totalidad. Opinamos que el encuentro con el otro en cuanto tal, representa para la existencia de muchos uno de los efectos más decisivos. Pero constatamos que el encuentro con el otro no es sólo fuente de ilusiones y desilusiones, sino que les ofrece a los hombres la posibilidad de cumplir con su vocación y con su destino humano.

Las relaciones interhumanas como expresión de participación recíproca, comprensión, de posibilidades implicadas de la alteridad irrepetible de los individuos y su constitución como personas son más bien edificantes.

La importancia del elemento-diálogo es decisiva ya que la soledad, que cubre gran parte de nuestro mundo moderno,



debida a la inconsistencia de la pregunta-respuesta, al exhibicionismo, a la mala fe, situaciones que acompañan constantemente el diálogo y lo hacen vacío.

No es, por lo tanto, la soledad física, ya que el hombre nunca ha estado menos solo que en nuestro tiempo; es la soledad moral, que deriva de la falta de contenidos válidos, de valores existenciales de los cuales se debe nutrir una edificante relación.

Queremos presentar al hombre Sartre y enmarcar al filósofo mediante dos acontecimientos básicos que han caracterizado su camino: el descubrimiento de la fenomenología, en 1934, y el desastre de la Segunda Guerra Mundial. La delimitación específica que va desde 1937 hasta 1946 quiere tomar en cuenta estos episodios de la vida del pensador para limitarse al Sartre esencialmente existencialista, o sea, donde él pone las bases de un concreto método de pensamiento y de acción, hasta cuando su existencialismo se convierte en humanismo.

No se puede prescindir de este sector de la vida cultural y concreta de Sartre en donde están las bases para cualquier discusión y problema concerniente al filósofo francés.

El encuentro de Sartre con Husserl, ha caracterizado el primer periodo de la especulación sartriana y, en forma más o menos manifiesta, todo su pensamiento sucesivo.

Se sabe que Sartre, ya desde cuando era estudiante en La Sorbona, se irritaba por aquella enseñanza filosófica siempre neo-cartesiana y neo-kantiana que seguía transmitiendo un racionalismo idealista que él no compartía en nombre de la trá-

gica existencia. Escribe a propósito Collette Audry en su monografía sobre Sartre:

*“Tal era la postura de un joven intelectual que abordaba la filosofía con inmensa seriedad y que, en contrapartida, exigía de ella que justificara un compromiso total, explicando a la vez la totalidad de la vida. No podía hallar satisfacción en una filosofía que sólo consistía en puros desarrollos del pensamiento sobre el pensamiento”.*  
(Audry, 1975:15-16)

El encuentro, en 1934, con la fenomenología alemana, de hecho, le permitió reforzar su concepto y el compromiso de una filosofía que deberá enseñarnos acerca de la realidad del mundo. Sartre ve, en la fenomenología alemana, el principio de una revolución filosófica, sobre todo a la par del academicismo dominante en Francia.

El artículo que él consagra a la exaltación de la fenomenología husserliana refleja el entusiasmo de este descubrimiento:

*“Husserl ha reinstalado el horror y el encanto en las cosas. Nos ha restituido el mundo de los artistas y de los profetas: (...) No nos descubriremos a nosotros mismos en cualquier retiro, sino es en la carretera, en la ciudad, en medio de la gente, cosa entre las cosas, hombre entre los hombres.”*  
(Sartre, in Audry, 1975:17)



Se nota en este ensayo la violencia polémica del joven Sartre, pero sobre todo la necesidad de salir del callejón sin salida de una filosofía soporífera y sin objetivos: la necesidad de descubrirnos en el mundo real, entre los otros.

Y, a decir verdad, no es que Sartre no haya probado a vivir con los otros y entre los otros. Ha experimentado los horrores de la guerra y las atrocidades inhumanas de los campos de prisioneros nazi y eso ha influido ciertamente en su pensamiento. Pero eso no puede justificar completamente su manera de pensar; se pueden vivir terribles experiencias en la vida, pero esto no nos autoriza a condenar a todos los otros, sin posibilidad de rescate, como hace Sartre en su máxima obra filosófica *EL SER Y LA NADA* y en gran parte de sus obras literarias.

Sin embargo, en un paso de *LA NAÚSEA*, Sartre mismo le hace contar al Auto-didacto su experiencia humanitaria en la cual, lamentablemente, el autor no cree porque él es Roquentín, el hombre que ha experimentado la nada de la existencia.

*"Todos aquellos hombres (...) Una de las primeras veces que nos encerraron en aquel cobertizo era tal la apretura que primero creí ahogarme y después, súbitamente, una poderosa alegría se elevó en mí; estuve a punto de desmayarme; entonces sentí que amaba a esos hombres como si fuesen hermanos; hubiera querido besarlos a todos."* (Sartre, 1973c:131)

Entonces se puede también amar, creer en los otros, tener fe y confianza en

sus miradas, aun en una muchedumbre, en un cobertizo en donde se sabe que se espera la muerte, provocada precisamente por las incomprendiones y por la desconfianza entre los hombres. El duro golpe dado por la Segunda Guerra Mundial completa su obra de desmantelamiento haciendo caer el mundo delante de los ojos de Sartre.

*"Este mundo, del que ha querido tomar posesión, sólo se puede comprender y dar cuenta de él cambiándolo. Únicamente se le puede cambiar afirmando una herramienta que sea a la vez método de pensamiento y acción, reflexión y praxis"* (Audry, 1975:19)

Al terminar la Segunda Guerra Mundial y el nazismo, la relación entre los intelectuales y la política se hace más estrecha. Si tradicionalmente los filósofos permanecían, en la práctica, bastante alejados de la vida política y social, ahora, que la guerra cambió la situación política, se siente la necesidad de una unión entre el pensamiento de los filósofos y la vida social, es decir, como escribe Sartre, "pensamiento y acción".

Y aunque los aportes teóricos más significativos se deben atribuir a Antonio Gramsci, el mayor intérprete de esta exigencia de cambio con respecto al rol de los intelectuales fue Sartre. El escritor, al regreso de la guerra y de la prisión en Alemania, que lo habían acercado a la política y a los marxistas, fundó la revista *Les Temps Modernes*, en la cual él fue desarrollando la confrontación entre el pensamiento filosófico y el movimiento





histórico que sigue provocando contradicciones y tomas de posición.

Teoría y acción, entonces, para un mundo diferente; por eso entendemos por qué Sartre se adhiere al marxismo. A propósito Sartre escribe:

*“Una vez que Marx filósofo ha llegado a la conclusión de que la revolución era necesaria, su primer acta ha sido su Manifiesto Comunista, que es un acto político. El Manifiesto Comunista es el lazo entre la filosofía de Marx y el Comunismo. Sea cual sea la moral que usted tenga, no se siente un lazo lógico tan estrecho entre esa moral y su filosofía como entre el Manifiesto Comunista y la fi-*

*losofía de Marx. Se trata de una moral de la libertad.”*  
(Sartre, 1972:46)

Tomando el carácter de total libertad creadora y responsable en la conciencia, llegan a desaparecer automáticamente leyes y valores universales, inmutables y eternos. Cada hombre se convierte en ley para sí mismo, o sea, portavoz y creador él mismo de los valores que lo promueven en absoluta libertad. Cada hombre viene siendo un caso único, irreplicable, que no sufre constricciones de ningún tipo y es por eso que la relación con los demás, que sintetiza en EL SER Y LA NADA, no es concebible y realizable sino como relación de oposición y superación. Los otros son para mí unos objetos de conocimiento y así yo para ellos. Si me dejara objetivar, ya no sería yo mismo, renunciaría



a mi individualidad y libertad. Por eso, también el amor no es parte de la libertad sartriana. Darse y abandonarse a otra criatura es suprimir la propia personalidad. Para nosotros, el infierno son los demás, dice Sartre, no la felicidad.

Sus catastróficas conclusiones, con respecto a la relación con los demás, se suavizan en su obra: *EL EXISTENCIALISMO ES UN HUMANISMO*, publicada en 1946, en la que el filósofo no deja de predicar una ética social y una coexistencia entre los hombres.

La doctrina del conflicto interhumano suscitó críticas notables entre varios pensadores de ideologías diferentes a las de Sartre, pero tampoco satisfizo a los marxistas. El existencialismo, en general, fue acusado de tener una orientación burguesa e individualista y de incapacidad de crear cualquier forma de solidaridad humana.

A estas acusaciones Sartre responde escribiendo *EL EXISTENCIALISMO ES UN HUMANISMO*, en el cual define una perspectiva de moral social, un universalismo ético, sobre la base del nexo indisoluble de la libertad de cada uno con la libertad de los otros.

*“Queremos la libertad por la libertad y a través de cada circunstancia particular. Y al querer la libertad descubrimos que depende enteramente de la libertad de los otros, y que la libertad de los otros depende de la nuestra. Ciertamente la libertad, como definición del hombre, no depende de los demás, pero en cuanto hay compromiso, estoy obligado a querer, al mismo tiempo que mi li-*

*bertad, la libertad de los otros.”* (Sartre, 1972:39).

Para refutar la objeción de que su existencialismo encierra al hombre en la subjetividad individual, Sartre recalca, sobre todo, que el individuo inclinándose sobre sí mismo en el “cogito” se toma no sólo a sí mismo, sino también a los otros, descubre a todos los demás como condición de su existencia:

*“El otro es indispensable a mi existencia tanto como el conocimiento que tengo de mí mismo. En estas condiciones, el descubrimiento de mi intimidad me descubre al mismo tiempo el otro, como una libertad colocada frente a mí, que no piensa y que no quiere sino poco contra mí.(...) Además, si es imposible encontrar en cada hombre una esencia universal que constituya la naturaleza humana de condición.”* (Sartre, 1972:32-33).

Sartre admite, en fin, que las condiciones históricas y sociales cambian, mientras hay unos aspectos del ser humano que nunca cambian.

*“Las situaciones históricas varían; el hombre puede nacer esclavo en una sociedad pagana, o señor feudal, o proletario. Lo que no varía es la necesidad para él de estar en el mundo, de estar allí en el trabajo, de estar allí en medio de los otros, de ser allí mortal.”* (Sartre, 1972:33)



Esta universalidad de las condiciones determina también una universalidad en la esfera general del proyecto dentro del cual los hombres están obligados a insertarse.

*“Y si bien los proyectos pueden ser diversos, por lo menos ninguno puede permanecer extraño, porque todos presentan en común una tentativa para franquear esos límites (...) En consecuencia, todo proyecto, por más individual que sea, tiene un valor universal.”*  
(Sartre, 1972:33).

De las anteriores consideraciones no se entiende con base en qué el individuo puede tomar una decisión, la cual compromete a toda la humanidad. Las disertaciones sartrianas sobre el mundo intersubjetivo, que cada uno descubre en la conciencia individual, y sobre la universalidad de la condición humana, que comprende para todos los individuos los proyectos del ser individual, están en radical contraste con el principio afirmado en *EL SER Y LA NADA*: que el conflicto entre las libertades constituye la esencia de las relaciones individuales. De hecho, la doctrina anti-altruística del conflicto no se encuentra para nada expuesta en el breve ensayo *EL EXISTENCIALISMO ES UN HUMANISMO*, al contrario que en muchas otras obras de Sartre.

¿Podemos tal vez alegrarnos y afirmar, entonces, que aquí falta esta doctrina pesimista? Se podría decir que sí si su ausencia fuera total y verdadera. Pero Sartre, sin duda, ha entendido que no es ni bueno ni conveniente hablar de un estado

de lucha entre los hombres, cuando se quiere poner en resalte el humanismo existencialista. ¿Deberíamos, entonces, concluir que si él no habla es porque deja de considerar al conflicto interhumano como fundamental y que consienta de aquí en adelante, en la intersubjetividad humana, un principio substancial de benevolencia y de beneficencia altruista? Nada, de hecho, autoriza a formular esta conclusión dictada por un buen sentido común. Sartre, con su doctrina, suprime el mundo de los valores y, por consiguiente, quitando estos de la vida humana, él ha dejado al hombre con su absoluta libertad.

Pero sólo en un mundo que tenga una jerarquía de valores con fundamento en un valor absoluto, es posible dar un sentido a la vida, humanizar las relaciones con los otros que no son para nada el infierno. Sin Dios no se fundan valores y sin valores no es posible moralidad y civilización, es decir humanismo.

En cambio Sartre niega a Dios y quisiera fundar los valores; eso, como dice el crítico Manno, es: “su pretensión contradictoria y absurda (...) la caída de su humanismo”. Por lo menos se podría admitir que mi libertad depende de la de los demás y al contrario, (aunque se ha sostenido que la libertad del otro es una amenaza para la mía), pero afirmar, como hace Sartre en este ensayo, que yo debo proponerme la libertad del otro como fin de mi libertad, no es posible, si no después de un vuelco radical de los presupuestos ontológicos desarrollados por Sartre en su obra filosófica.

En fin, el hombre no debe ignorar la situación histórica y social en la cual vive y debe insertarse en ella para transformarla y mejorarla con todos sus medios posibles.



Es ya un paso adelante, pero no es todo. Sabemos que la esencia del hombre está en su "hacerse", en su proyectarse hacia el futuro: que la libertad humana es creatividad inexhausta e inasequible, del todo libre e incondicional y esto implica decisivamente la exclusión de Dios y de una religión para este pensador. Regresamos, entonces, al punto de partida. Desaparecidos con Dios los valores inmutables de la tradición, y con estos las tinieblas de los mitos y de las supersticiones, el hombre se encuentra, con su libertad, terriblemente solo forjando su destino, hasta que con la muerte no regresa a la "nada".

## BIBLIOGRAFÍA

Audry, Colette

1975. **Sartre y la realidad humana.** EDAF: Madrid

De Boisdeffre, Pierre

1970 **Los escritores franceses de hoy.** Editorial Gredos: Madrid.

De Boisdeffre, Pierre

1969 **Metamorfosis de la literatura.** Ediciones Guarrama: Madrid

Jeanson, Francis.

1975 **Jean-Paul Sartre en su vida.** Barral Editores: Barcelona.

Sartre, Jean-Paul.

1984 **A puerta cerrada.** Editorial Losada: Madrid.

1982 **Las palabras.** Alianza Editorial: Madrid.

1972 **El existencialismo es un humanismo.** Editorial Huascar: Buenos Aires.

1973a **La imaginación.** Edición Sudamericana: Buenos Aires.

1973b **Las moscas.** Nekrasov. Editorial Losada: Buenos Aires.

1973c **La náusea.** Editorial Losada: Buenos Aires.

1967 **El muro.** Editorial Losada: México.

1943 **El ser y la nada.** Gallimard: París:



# Hugo Carrillo: Trayectoria de



... "Nuestro primer que detuvo a ...  
 ... de teatro ... en 1954" como lo ...  
 ... el ... y ... que ...  
 ... Carrillo. Nuestro ...

... en ... 1950-1970 ... de ...  
 ... que ... que ... la ...  
 ... de ... con ...  
 ... y ... de ...